



La Plegaria Eucarística

La Plegaria Eucarística es el corazón y la cumbre de la Misa. Los católicos hemos aprendido desde temprana edad que es durante la oración de la Plegaria Eucarística donde nuestros dones, el pan y el vino, se convierten en el Cuerpo y la Sangre de Cristo. A esta parte de la Plegaria Eucarística es la que llamamos *la consagración*. En la última cena, cuando Jesús tomó el pan en sus manos y dijo las palabras “Éste es mi cuerpo”, y enseguida sobre la copa: “Ésta es mi sangre”, la Iglesia identifica este cambio en los elementos del pan y el vino como *transubstanciación*. Esto es lo que los católicos creemos que sucede en la Misa.

Lo que no siempre hemos podido apreciar es el contexto íntegro de la Plegaria Eucarística y su más completo significado. En la Plegaria Eucarística damos gracias y alabanza a Dios. Hacemos memoria de la vida salvadora de Cristo, su pasión, muerte y resurrección, que por el poder del Espíritu Santo, se realiza nuevamente entre nosotros. Nos ofrecemos en sacrificio con Jesús al Padre y nos unimos a Cristo en la ofrenda solemne de este sacrificio y pedimos al Espíritu Santo que nos transforme y nos haga, junto con todos los que nombramos en la Plegaria, un solo cuerpo en Cristo.

Recordamos en acción de gracias

Venimos al altar a dar gracias y alabanza por la obra de la creación y por todo lo que Dios ha hecho por nosotros y por la redención ganada para nosotros por Cristo Jesús. Damos gracias en

gratitud por el gran Don de Jesús hecho hombre, por su predicación y enseñanzas sobre el Reino de Dios, que se hace realidad entre nosotros en él mismo. En este acto memorial, esos eventos se hacen presentes y reales entre

nosotros de una manera muy especial. En la Eucaristía se realiza un encuentro entre Cristo y nosotros. Al mismo tiempo, nos unimos al sacrificio de su pasión, muerte y resurrección, sin embargo, Cristo murió y resucitó una sola vez y para siempre. Este memorial no agrega nada al sacrificio que ya ha sido realizado, ni lo multiplica. Más bien, en la celebración de la Eucaristía, Cristo se hace misteriosa y sacramentalmente pre-

sente entre nosotros en el único sacrificio de su muerte y resurrección, pero sin derramar nuevamente su sangre. Por tanto, esta es *una celebración memorial* a la que San Pablo se refiere con las palabras: “Cada vez que comen de éste pan y beben de ésta copa, proclaman la muerte del Señor hasta que vuelva” (1 Corintios 11:26).

El sacrificio que ofrecemos

“Al tomar parte en el Sacrificio Eucarístico, que es el manantial y cumbre de toda la vida cristiana, ofrecemos

la víctima divina a Dios, ofreciéndonos nosotros mismos, junto con ella” (*Constitución Dogmática Sobre la Iglesia*, #11)

Cristo se despojó de todo por nuestra salvación. “El don de su amor y obediencia hasta el punto de entregar su vida por nosotros (Juan 10:17–18) es, en primer lugar, primicia para el Padre (Juan Pablo II, *Ecclesia de Eucaristía*, #13).

Cuando la Iglesia celebra la Eucaristía, evento central de nuestra salvación, y memorial de la muerte y resurrección de su Señor, se realiza verdaderamente, realizando así la obra de nuestra redención. (*Ecclesia de Eucaristía*, #11)

Es Cristo mismo, el Sumo Sacerdote de la Nueva Alianza, quien por el ministerio del sacerdote, ofrece el sacrificio Eucarístico. Y es también el mismo Cristo, realmente presente bajo las especies del pan y del vino en la ofrenda del sacrificio Eucarístico. (ver *Catecismo de la Iglesia Católica*, #1410)

Cristo nos invita a unirnos a él en su sacrificio al Padre, de ésta manera su sacrificio incluye nuestro propio sacrificio. A través de la acción del sacerdote, Cristo es al mismo tiempo el que ofrece y se ofrece a sí mismo. Los dones de pan y vino que traemos al altar son símbolos de todo lo que somos y tenemos: nuestras labores, penas, sufrimientos, luchas y alegrías que unimos al sacrificio de Cristo como ofrendas agradables a Dios Padre, para que nuestras vidas, así como los dones que presentamos, sean transformados. Cuando el sacerdote pronuncia las palabras “Por eso, Padre, te suplicamos que santifiques estos dones . . .” No estamos pidiendo solamente que el pan y el vino se conviertan en el cuerpo y sangre del Señor, pero también que nuestras vidas sean transformadas y revestidas de un nuevo valor, sentido y significado.

Presencia real de vida eterna

Al recibir la Comunión, la Iglesia comparte más íntimamente en el sacrificio de Cristo. “Recibimos Al que se ofreció a sí mismo por nosotros. Recibimos el cuerpo del mismo que se entregó por nosotros en la cruz y bebemos la misma sangre que fue derramada por nuestra salvación y por el perdón de nuestros pecados (Mateo 26:28)” (ver *Ecclesia de Eucaristía* #16). Esta comida y bebida que tomamos en la Mesa del Señor, nos asegura la vida eterna porque en esta comida y bebida se encuentra realmente la presencia de Cristo. Cuando algunos alegaron que como podía Jesús darles de comer su propio cuerpo, Jesús respondió firmemente: “El que come de mi carne y bebe de mi sangre vive de vida eterna, y yo lo resucitaré el último día” (Juan 6:53–54). La celebración Eucarística

No solamente decimos que la Iglesia hace la Eucaristía, sino, que la Eucaristía también hace la Iglesia. Aunque todos somos ya uno solo en Cristo por el bautismo, nuestra participación en la Eucaristía renueva, fortalece y profundiza nuestra incorporación en la Iglesia, ya realizada en el bautismo. El bautismo nos llama a formar un solo cuerpo; la Eucaristía confirma y realiza esta llamada. (ver *Catecismo de la Iglesia Católica*, #1396)

Nuestra participación en la Plegaria Eucarística consiste en:

- Unir nuestras vidas al sacrificio de Cristo.
 - Responder con firmeza al Santo, la Aclamación Memorial y el Gran Amén.
 - Dar en unidad una completa atención a nuestra postura corporal.
-

nos guía a una vida futura de plenitud y nos regala desde ahora un anticipo del cielo prometido. Al nombrar algunos de los santos en la Plegaria Eucarística, recordamos que la Iglesia celestial y la Iglesia terrenal se unen en una sola Iglesia alrededor del altar, dónde se nos da la esperanza de un mundo futuro de plenitud cuando Cristo venga nuevamente en su gloria.

Un cuerpo y un espíritu en Cristo

En la Plegaria Eucarística oramos para que en nuestra comunión se cumpla el deseo de Jesús cuando ora al Padre “Que todos sean uno, como Tú, Padre, estás en mí y yo en Ti. Que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado” (Juan 17:21). Las palabras de la Plegaria Eucarística III hacen eco a la oración de Jesús al Padre “Concédenos que al ser nutridos con su cuerpo y su sangre, seamos llenos también del Espíritu Santo, y nos transformemos en un solo cuerpo y en solo espíritu en Cristo”. Los lazos de unidad que se crean en la Eucaristía son tan particulares y esenciales para la vida cristiana, que sin duda, la Eucaristía hace verdaderamente la Iglesia (ver *Catecismo de la Iglesia Católica*, #1396)

El Gran Amén

La Plegaria Eucarística culmina con el Gran Amén de la congregación. Este Amén debe ser una de las aclamaciones más robustas que hacemos en la Misa, porque es nuestro “Sí” o “Así sea” a la Gran Oración Eucarística que ha sido proclamada por el sacerdote. En nuestro “Amén” el sacrificio que se ha realizado en el altar se transforma en nuestro propio sacrificio.